

ARTÍCULOS

LEO PANITCH Y SAM GINDIN

EL LIDERAZGO DEL CAPITAL
GLOBAL

Si tomamos al pie de la letra el dicho de que la lechuza de Minerva despliega sus alas al anochecer, parece como si la naturaleza imperial de Estados Unidos se estuviera reconociendo con retraso hoy día, sólo para anunciar su inminente desaparición, el «desmadejamiento» de la hegemonía estadounidense¹. En estos análisis, la ocupación militar de Iraq se considera a menudo como un desesperado intento de volver a imponer por la fuerza de las armas un liderazgo estadounidense tambaleante, ignorando el ámbito y escala únicos del imperialismo estadounidense y el papel específico que ha desempeñado en la economía mundial durante el periodo de posguerra. Una evaluación de la prolongada capacidad estadounidense para configurar el capitalismo global en el siglo XXI requiere, por lo tanto, cierto nivel de teorización sobre el propio Estado imperialista².

Los análisis marxistas contemporáneos del imperialismo y de su prima maquillada, la globalización, suelen andar escasos de una teorización adecuada del Estado. La mayoría de ellos descansan sobre la premisa de que la relación entre economía y Estado es la que se da entre base y superestructura, en cuyo caso cualquier teoría mínimamente compleja del Estado es en gran medida innecesaria y poco interesante. Otros enfoques de izquierda –en sentido amplio– de la globalización han eludido la necesidad de tal teorización proclamando la creciente irrelevancia del Estado-nación. En un extremo, los teóricos de una clase capitalista transnacional postulan la formación de un Estado igualmente transnacional que se corresponde con la globalidad del capital; en el opuesto se proclama que el poder carece de centro en un mundo sin fronteras³. En ambos ca-

¹ Véase Giovanni ARRIGHI, «Comprender la hegemonía – 1», *NLR* 32 (mayo-junio 2005), pp. 20-74 y «Comprender la hegemonía – 2», *NLR* 33 (julio-agosto 2005), pp. 24-54. Véase también David HARVEY, *El nuevo imperialismo*, «Cuestiones de Antagonismo 26», Madrid, Akal, 2004.

² Este artículo se basa en trabajos anteriores, tanto en estas páginas (Leo PANITCH, «El nuevo Estado imperial», *NLR* 3 [julio-agosto 2000], pp. 5-18) como en el *Socialist Register*. Véanse «Global Capitalism and American Empire» en *The New Imperial Challenge: Socialist Register 2004*; y «Finance and American Empire» en *The Empire Reloaded: Socialist Register 2005*.

³ «El principio fundamental del imperio [...] es que su poder no tiene un terreno ni un centro reales y localizables [...] Estados Unidos no constituye –y, en realidad, ningún Estado-nación puede hoy constituir– el centro de un proyecto imperialista»: Michael Hardt y Antonio

sos se produce una subestimación del grado en que los Estados, más que víctimas pasivas de la globalización, han sido sus autores y quienes la han puesto en vigor. En consecuencia, no sólo se reconoce insuficientemente la dependencia del capital con respecto a *muchos* Estados, sino que se margina el papel preeminente de Estados Unidos en la construcción del capitalismo global.

A fin de fundamentar un marco conceptual apropiado para entender el imperialismo y la globalización actuales, tenemos que empezar por teorizar sobre el Estado capitalista en tres dimensiones. La primera es la de su relación con la acumulación de capital. La separación entre los planos político y económico en el capitalismo implica un distanciamiento del Estado de su implicación directa en la organización de la producción, la inversión o la apropiación del excedente; pero se requiere todavía un Estado activo para mantener el marco jurídico, regulador e infraestructural en el que se verifican éstas, así como para mantener el orden en las relaciones capital-trabajo, gestionar la macroeconomía y actuar como prestamista en última instancia. El capitalismo no podría existir sin que los Estados asumieran estas tareas; y los Estados se ven impelidos a ello en virtud de su dependencia de la acumulación privada en cuanto a sus propios ingresos y a los fundamentos materiales de su legitimidad.

El papel del Estado a este respecto no es una mera respuesta reactiva a las contradicciones surgidas del proceso de acumulación. Los Estados capitalistas han desarrollado procesos sofisticados para promover y orquestar la acumulación de capital y para anticipar y limitar eventuales problemas futuros. Es en estos términos en los que debemos entender la «autonomía relativa» del Estado capitalista: no como autónomo frente a las clases capitalistas o la economía, sino más bien en cuanto a su capacidad para actuar en nombre del sistema como un todo (autonomía), aunque su dependencia del éxito de la acumulación general para su propia legitimidad y reproducción ponga límites a esa capacidad (relativa). Lo que requiere investigación histórica es el alcance preciso y el carácter de las capacidades desarrolladas por cualquier Estado.

Esa investigación es imposible sin afrontar una segunda dimensión del Estado: la forma de dominio político. A este respecto, la separación entre Estado y sociedad en el capitalismo implica el distanciamiento constitucional entre el dominio político y la estructura de clases, lo que también permite la organización de las respectivas clases y su representación frente a otras clases y al Estado. Un aspecto de esto es el establecimiento del Estado de derecho como marco político liberal para los propietarios. Otro, que no se asentó hasta el periodo de posguerra, es el establecimiento de la democra-

Negri, *Empire*, Cambridge (MA), 2000, pp. 384 y XIII-XIV [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 348 y 15]. Sobre el Estado transnacional, véase la obra más reciente de William ROBINSON, *A Theory of Global Capitalism: Production, Class and State in a Transnational World*, Baltimore (MD), 2004.

cia liberal como forma modal del Estado capitalista⁴. Lo que requiere un análisis específico es el grado relativo de autonomía del Estado: ¿cómo influyen los vínculos entre los agentes sociales y estatales, así como el equilibrio de fuerzas de clase, sobre la legitimidad del Estado, y cómo configuran sus capacidades institucionales en relación con la acumulación?

Para definir el imperialismo capitalista

La tercera dimensión, implícita en las dos primeras, es la forma territorial y nacional del Estado capitalista. El capitalismo evolucionó estrechando los vínculos económicos dentro de espacios territoriales particulares; de hecho, su desarrollo fue inseparable del proceso en el que diversos Estados establecieron sus fronteras y definieron dentro de ellas las identidades nacionales modernas. Pero aunque las relaciones más densas fueran nacionales, los vínculos internacionales no estuvieron nunca ausentes. No deberíamos suponer simplemente que se verifica una contradicción irresoluble entre el espacio internacional de acumulación y el espacio nacional de los Estados; estos últimos han estado siempre presentes en el ámbito económico internacional. Lo que tenemos que investigar es si la actividad de un Estado concreto es coherente con la extensión de la ley del valor y el Estado de derecho a escala internacional, extendiéndolos, además, a formas que resulten coherentes con las acciones de otros Estados. Esto exige examinar las tensiones y sinergias existentes entre la forma nacional-territorial del Estado y la acumulación internacional de capital, en el contexto de las relaciones económicas, políticas e ideológicas entre los Estados.

Con la separación entre lo económico y lo político bajo el capitalismo, la antiquísima historia del dominio político imperial sobre amplios territorios y pueblos cobra una nueva forma; su análisis no se puede reducir simplemente a la tendencia económica del capital a expandirse. Por el contrario, si mantenemos la idea del imperialismo como una forma de dominio político ampliado, lo que se defina propiamente como imperialismo *capitalista* tendrá que corresponder al papel desempeñado por los Estados capitalistas en la ampliación espacial de la ley del valor y de las relaciones sociales capitalistas. La interrelación histórica entre la jerarquización de los Estados y el desarrollo desigual del capitalismo se dio antes, por supuesto, mediante la expansión territorial y el colonialismo. Pero las fuerzas sociales precapitalistas desempeñaron un amplio papel en ese proceso, y la competencia capitalista internacional durante los siglos XVIII, XIX y principios del XX se vio acompañada por las exclusiones inherentes al dominio imperial formal y por la tendencia, en esas condiciones, a la rivalidad interimperialista.

⁴ El establecimiento de la democracia liberal ha sido, desde luego, un proceso histórico largo y desigual, no completado aún en muchos países capitalistas en desarrollo, entre ellos China.

El objeto de nuestra investigación debe ser, pues, los medios que permitieron extender a escala internacional la separación entre lo económico y lo político en el transcurso de los dos últimos siglos, lo que supone entender no sólo la progresiva comercialización y mercantilización de la vida social, sino también los procesos por los que el Estado capitalista nacional-territorial, en su forma modal liberal-democrática, se universalizó e inscribió en la constitución de las instituciones internacionales y del derecho internacional a mediados del siglo xx. Ambos procesos tuvieron lugar bajo la égida de un nuevo tipo de imperialismo informal, en el que los diversos Estados, al mismo tiempo que creaban las condiciones políticas y jurídicas para la acumulación internacional de capital por sus propias burguesías, también se responsabilizaron de la creación de las condiciones políticas y jurídicas para la ampliación y reproducción internacional del capitalismo.

Es desde esta perspectiva desde donde debemos ver no sólo la historia del desarrollo desigual capitalista, sino también las cambiantes relaciones entre los propios países capitalistas avanzados. Como parte de la transformación del imperialismo formal al informal, la igualdad legal entre las naciones vino a enmascarar no sólo las desigualdades existentes entre los países del «centro» y de la «periferia», sino también una nueva jerarquía establecida entre los propios países capitalistas avanzados. El proceso de separación entre lo económico y lo político a escala internacional, al facilitar la integración global del capitalismo, también permitía que la competencia capitalista no tuviera que seguir expresándose necesariamente como rivalidad interimperialista, tal como suponían los teóricos marxistas a comienzos del siglo xx. Atenderemos ahora a la historia de esa rivalidad.

Los imperios del pasado

Aunque los imperios mercantiles de los Estados absolutistas de Europa formaron parte del desarrollo del capitalismo, el primer imperio impulsado puramente por la lógica capitalista –que pretende obtener beneficios mediante la creación de valor en la producción competitiva, más que en el simple intercambio, y exportando las relaciones de propiedad capitalistas a sus colonias– fue el de Gran Bretaña⁵. Pero incluso cuando el Estado británico del siglo xix extendía su imperio colonial territorial, también estaba propiciando un nuevo tipo de «imperialismo informal», que promovía la inversión extranjera y los tratados bilaterales de comercio-y-amistad fuera de su imperio administrativo, e incluso permitía que otros capitales tuvieran acceso a sus mercados. Gran Bretaña desempeñó, así, el papel dirigente en la difusión de algunas de las condiciones clave para el funcionamiento internacional de la ley del valor, desde la política de libre comercio al patrón oro. De esa forma sembró la semilla de la transformación histórica del imperialismo territorial precapitalista en el imperialismo capitalista de tipo moderno.

⁵ Ellen MEIKSINS WOOD, *Empire of Capital*, Londres, 2003, pp. 73, 100.

Aun así, también podemos detectar una prolongada tensión entre los imperativos del capitalismo y del colonialismo británicos. Aun cuando exportaba las relaciones de propiedad capitalistas a sus dominios, Gran Bretaña también protegía y, en algunos casos, incluso reforzaba, las precapitalistas. Las relaciones entre las colonias y la metrópoli no se caracterizaban precisamente por el libre comercio, y resultó difícil conseguir el apoyo en favor de éste por parte de otras potencias capitalistas que trataban de alcanzar a Gran Bretaña, tanto protegiendo sus propios mercados como estableciendo colonias. Pero esto no es sino otra manera de decir que el Estado británico no poseía la capacidad para integrar, ni siquiera para bloquear a largo plazo, los nuevos desafíos a su dominio. En otras palabras, la forma adoptada internacionalmente por la separación entre lo económico y lo político durante la gran oleada de globalización capitalista entre las décadas de 1870 y de 1920 fue incompleta. Los Estados actuaban primordialmente de forma particularista en relación con la acumulación y con el dominio político más allá de sus fronteras, buscaban ventajas nacionales mediante la imposición de impuestos aduaneros, el control de las rutas comerciales, la intervención militar y especialmente la exclusión imperial. La expansión del colonialismo, la resistencia frente a la democracia liberal como una nueva forma de dominio político y el particularismo de la relación de cada Estado con la acumulación produjo graves contradicciones para las tres dimensiones del Estado capitalista. El resultado fue la rivalidad interimperialista.

Las teorizaciones marxistas de la época sobre el imperialismo entendían estas contradicciones como insolubles. El imperialismo significaba para ellas una etapa del capitalismo que creían caracterizada por el exceso de acumulación, acompañada por la politización de la competencia en cada país (vía capital financiero) y en la escena internacional (mediante la rivalidad interimperialista). Su definición del imperialismo como una fase del capitalismo les permitía evitar las trampas de una teoría transhistórica general del imperialismo; pero, paradójicamente, una vez que el imperialismo se entendió en los términos coyunturales de la época, lo histórico se congeló en un fundamentalismo teórico al que el futuro no podía escapar (la fase «superior» del capitalismo). Sería injusto exigir a aquellos teóricos la capacidad de predecir el futuro; pero una formulación menos rígida y menos esquemática en cuanto a la caracterización del Estado, podría haber dejado la puerta abierta a otras posibilidades⁶. Lenin cerró esa puerta, particularmente en el debate con Kautsky, y las generaciones marxistas posteriores tardaron en reabrirla de nuevo. Aunque Kautsky planteó al menos la posibilidad de otras salidas, lo que tenía en mente se limitaba a la diplomacia de los Estados capitalistas en nombre del «interés general», idea que Lenin consideraba justificadamente como una especulación más que un hecho. Si los teóricos del imperialismo, entre ellos Schumpeter, hubieran tenido una mentalidad más histórica y hu-

⁶ El análisis de Bujarin era más rico que el de Lenin, pero aunque su ensayo comienza invocando «la lucha entre Estados “nacionales”», su análisis del Estado era bastante deficiente. Nikolai BUJARIN, *La economía mundial y el imperialismo* [1917], Ruedo Ibérico, 1969.

bieran investigado el «imperialismo de libre comercio» informal del imperio británico en lugar de excluirlo a partir de una falsa dicotomía entre el libre comercio y el imperialismo, podrían haber dejado como herencia un legado teórico más promisorio.

El ascenso estadounidense

Desde la década de 1940, Estados Unidos asumió la responsabilidad de abolir la anterior fragmentación del sistema capitalista internacional mediante la creación gradual de un nuevo orden mundial, caracterizado por el comercio liberal y por la acumulación incesante de capital. Este proyecto no se habría podido poner en funcionamiento ni culminar sin la intervención de Washington y de su capacidad para atenuar las tensiones entre las aspiraciones nacionales e internacionales de otros Estados capitalistas. Así fue surgiendo algo más peculiar históricamente que el simple ascenso de una nueva potencia o la ampliación internacional del capital estadounidense: el Estado norteamericano actuaba ahora como agente consciente de la construcción de un capitalismo verdaderamente global, supervisaba la universalización de la ley del valor mediante la reestructuración de los propios Estados y de las relaciones interestatales.

El imperio estadounidense no surgió de la nada. En el hemisferio occidental, sus raíces se remontan a la expansión territorial de la República mediante lo que Jefferson llamaba «imperio extensivo y autogobierno». Evolucionó a lo largo del siglo XIX mediante la articulación entre un dinámico desarrollo capitalista del país y la doctrina Monroe en el exterior. Pese a las ambiciones de Woodrow Wilson al concluir la Primera Guerra Mundial, de extender a escala global el imperialismo (sobre todo) informal que Estados Unidos practicaba en su propio hemisferio, fue necesario el crisol de la Gran Depresión, el *New Deal* y la Segunda Guerra Mundial para que el país norteamericano se dotase de los recursos necesarios para afrontar su escala imperial global. No había precedentes históricos de que una importante potencia apoyara el resurgimiento de sus competidores económicos potenciales como lo hizo Estados Unidos en el periodo de posguerra mediante préstamos con bajo interés, subvenciones directas, asistencia tecnológica, relaciones comerciales favorables y el establecimiento de un marco institucional multilateral para la estabilidad internacional. Esto quedaba simplemente más allá del marco analítico de la vieja teorización marxista del imperialismo⁷.

⁷ Como observaba agudamente Giovanni Arrighi a finales de la década de 1970, «el cuerpo clásico de las teorías del imperialismo [...] resulta irrelevante como guía para la interpretación de los acontecimientos, tendencias y procesos mundo-históricos desde la Segunda Guerra Mundial»: *La geometría del imperialismo*, Siglo XXI, 1978. En este contexto, el «imperialismo», entendido anteriormente como relación de rivalidad presente en el mundo capitalista desarrollado que *afectaba* a la periferia, se redefinió de forma que la relación entre el centro y la periferia se convirtió en la *esencia* del imperialismo. Pero también en ése y en otros textos relacionados la teorización del Estado era escasa, con el objeto de análisis centrado más bien en el proceso económico que generaba el subdesarrollo.

Lo que estaba en cuestión era, simplemente, la internacionalización del Estado, algo que exigía que los Estados capitalistas aceptaran la responsabilidad explícita de coordinar la gestión de su orden doméstico para contribuir al del orden capitalista internacional concebido como un todo. Para Estados Unidos, bajo cuya égida tuvo lugar esa coordinación, esto tenía un significado especial: definía el interés nacional estadounidense en términos de la reproducción y de la ampliación del capitalismo global. El Estado norteamericano representaba todavía el conjunto de fuerzas peculiar de la formación social estadounidense, pero en la misma medida en la que esto provocaba tensiones con su nuevo papel, aquéllas se vieron desbordadas por las estrategias de acumulación cada vez más globales de los sectores dominantes de la clase capitalista estadounidense. El nuevo papel de Washington en el capitalismo global quedó claramente articulado en 1950 en el documento secreto NSC-68 del Consejo de Seguridad Nacional, que hablaba de construir un «entorno mundial en el que pueda sobrevivir y florecer el sistema estadounidense [...] Aunque no existiera la Unión Soviética tendríamos que afrontar el gran problema de que la ausencia de orden entre las naciones se hace cada vez menos tolerable»⁸. Medio siglo después, las palabras empleadas en el documento sobre «Estrategia de Seguridad Nacional» de Bush en 2002 no eran muy diferentes, pero el proyecto de dominio global se había convertido en algo que merecía una proclamación pública.

Lo que hizo viable el innominado imperialismo estadounidense tenía mucho que ver, por supuesto, con su relación con la acumulación en la principal economía capitalista del mundo; pero también descansaba sobre la legitimidad que la «democracia estadounidense» otorgaba a Washington en el exterior. Las ideas liberal-democráticas, las formas jurídicas y las instituciones políticas prestaban cierta credibilidad a la proclamación de que incluso las intervenciones militar-imperialistas de Estados Unidos se realizaban en nombre de los derechos humanos, de la democracia y de la libertad. Y la reproducibilidad, más allá de la propia Unión, de muchas de sus formas administrativas, legales y constitucionales, animaba a los imitadores, alentando las ambiciones de reconfigurar otros Estados a imagen y semejanza de Estados Unidos.

Esto no significa que tales Estados se convirtieran en meras réplicas de Estados Unidos, dada la gran variedad de estructuras sociales o institucionales y de tradiciones culturales existentes en los mismos. Lo que surgió, en cambio, fue una combinación dinámica que reflejaba la interacción de la penetración y dominio estadounidense con las peculiaridades de cada Estado-nación. Tampoco se convirtieron en agentes meramente pasivos del imperio estadounidense; la autonomía relativa operaba también en relación con la internacionalización del Estado y reflejaba el equilibrio de fuerzas sociales e iniciativas políticas existentes en cada Estado. Esto les permitió pre-

⁸ Citado en William APPLEMAN WILLIAMS, *Empire as a Way of Life*, Nueva York, 1980, p. 189.

sionar a Estados Unidos para que llevara a cabo sus preeminentes responsabilidades en la gestión del capitalismo global con formas más autónomas con respecto a las presiones que emanaban de la formación social estadounidense; pero al hacerlo reconocían, con frecuencia explícitamente, que sólo Estados Unidos tenía la capacidad para desempeñar el papel protagonista en la expansión, la protección y la reproducción del capitalismo. En este sentido, Estados Unidos era un imperio de tipo único.

Nuevo orden mundial

La legitimación liberal-democrática del imperio informal estadounidense ha conducido al uso corriente del término «hegemonía» en lugar de imperialismo; pero es dudoso que la totalidad del poder estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial resulte adecuadamente captada por el concepto de hegemonía por sí solo. Del mismo modo que el uso que hacía Gramsci de la hegemonía no eliminaba el concepto de clase dominante, sino que, por el contrario, expresaba cierta cualidad variable del dominio de determinadas clases, el concepto de hegemonía no debería eliminar el de imperio. Tal desplazamiento ha conducido a menudo a la subestimación de la amplitud y profundidad del poder estructural estadounidense y de su capacidad para reproducir su *status* imperial, como se observa en la tendencia, especialmente extendida en la izquierda, de sacar conclusiones apresuradas sobre el declive de la hegemonía estadounidense siempre que se acorta la distancia entre la economía estadounidense y otras, otras elites expresan cierta incomodidad ideológica acerca del estilo de liderazgo estadounidense, o se produce algún fracaso o contratiempo militar.

Ese tipo de pensamiento era muy corriente a finales de la década de 1960. El resurgimiento económico de otros países capitalistas avanzados, especialmente de Japón y Alemania, condujo a muchos a sugerir que las dos décadas anteriores suponían menos un fundamento para un nuevo orden mundial estadounidense que un mero ajuste temporal, basado en las circunstancias únicas del periodo de posguerra. Incluso aquellos que antes se mostraban dispuestos a hablar del «imperio por invitación» se convencieron en la década de 1970 de que no se podía considerar a Estados Unidos como un imperio⁹. Pero aunque acortaran distancias con Estados Unidos, la Europa y el Japón de posguerra se vieron aún más profundamente penetrados, integrados y dependientes del imperio estadounidense. A este respecto resulta crucial la cambiante naturaleza de los flujos internacionales de capital. Mientras que bajo el imperio británico éstos adoptaron abruptamente la forma de inversiones de cartera (por ejemplo, préstamos

⁹ Geir LUNDESTAD, «Empire by Invitation? United States and Western Europe 1945-1952», *Journal of Peace Research*, vol. 23, núm. 3, sept. 1986, pp. 263-277. Véase su reciente libro *United States and Western Europe since 1945*, Oxford, 2004, que describe la década de 1990 en términos de «invitaciones renovadas».

a los gobiernos para el desarrollo de infraestructuras), los flujos de capital dominantes eran ahora inversiones extranjeras directas, ante todo desde Estados Unidos.

Esta penetración e integración, efectuadas a menudo por las multinacionales estadounidenses con el pleno respaldo de su Estado, significaban que el capital estadounidense actuaba ahora como una fuerza social material *dentro* de muchas otras formaciones sociales¹⁰. Esto tuvo un impacto sobre las relaciones sociales, los derechos de propiedad y las relaciones laborales más profundo del que habrían tenido los flujos puramente financieros, y supuso la creación de vínculos directos con los bancos, proveedores y clientes locales. Además, como en el caso de la dependencia comercial, los procesos de producción integrada difundidos por las corporaciones multinacionales tuvieron el efecto de restringir los impulsos proteccionistas y reforzar las presiones en favor del libre comercio. Así, más allá de los lazos políticos y militares de la Guerra Fría que ya iban configurando el abanico de opciones en consideración, la inversión directa estadounidense aportó consigo las empresas de consultoría y asesoramiento jurídico, las escuelas empresariales, las agencias de inversión y los auditores estadounidenses. La reestructuración de las fuerzas de clase y las instituciones domésticas que acompañó a todos estos procesos se vio a su vez reforzada por la dependencia militar con respecto a Estados Unidos, no sólo como protección frente al expansionismo soviético y chino, sino para asegurar las inversiones de sus capitalistas en gran parte del Tercer Mundo.

Viraje neoliberal

Las tensiones entre Estados Unidos y otros países capitalistas desarrollados surgidas en el contexto de la reavivada competencia internacional al finalizar la larga expansión que siguió a la Segunda Guerra Mundial, suponían una renegociación de los términos y mecanismos de los acuerdos de posguerra, no un desafío al dominio estadounidense. La resolución de la crisis económica de la década de 1970 se produjo, además, a partir de los pasos decisivos dados por Washington desde finales de esa década para reconstruir la base material de su papel imperial mediante el neoliberalismo. Los mecanismos de ese programa (disciplina antiinflacionista, liberalización y expansión de los mercados) puede que fueran económicos, pero el neoliberalismo era esencialmente una estrategia *política* para modificar el equilibrio de las fuerzas de clase. Las reformas logradas por las clases subalternas, fortalecidas durante la década de 1960 mediante nuevas presiones democráticas, se presentaron ahora como barreras a la acumulación. El neoliberalismo suponía no sólo revocar esos logros anteriores, sino debilitar sus bases institucionales; esto incluía un cambio en

¹⁰ Allí donde esto no ocurrió, como en Japón, los vínculos imperiales se basaban sobre todo en la dependencia militar y comercial.

la jerarquía de los aparatos estatales en Estados Unidos en favor del Tesoro y de la Reserva Federal, a expensas de las viejas agencias del *New Deal* en política interior y del Departamento de Estado en la exterior.

Estados Unidos no fue, por supuesto, el único país en el que se llevaron a cabo reformas neoliberales; pero el impulso para hacerlo le otorgó un nuevo *status*. A partir de entonces, el capitalismo funcionaría bajo «una nueva forma de regulación social» que prometía no sólo un resurgimiento de la base productiva del dominio estadounidense, sino un modelo para restaurar las condiciones de la obtención de beneficios en otros países desarrollados, así como un marco jurídico para consolidar el capitalismo global. Esto último implicaba tanto la «constitucionalización del neoliberalismo disciplinario» mediante los programas de ajuste estructural del FMI y el Banco Mundial, como la creciente americanización del derecho mercantil¹¹.

Con la reconstitución neoliberal del imperio estadounidense profundamente arraigada en la década de 1990, quedó claro que la era de posguerra no era sólo un hiato temporal entre dos fases de rivalidad interimperialista. El poder militar estadounidense seguía siendo muy superior al de cualquier otro Estado, e incluso después del colapso de la Unión Soviética las fuerzas armadas de todos los demás países capitalistas avanzados siguieron estrechamente integradas con las estadounidenses a través de los flujos de información, de los acuerdos tecnológicos y de las necesidades de coordinación estratégica. El capital industrial y financiero estadounidense profundizó su penetración en Europa y en Asia, mientras que el capital europeo y japonés se adaptaba, en sus propios países y en el extranjero, al terreno competitivo definido por el neoliberalismo. El crecimiento económico estadounidense volvió a superar al de Europa y Japón, mientras que la dependencia de estos últimos con respecto a los mercados estadounidenses, cada vez más abastecidos por sus propias inversiones directas, reconfiguró aún más sus patrones de producción y consumo. Las inversiones japonesas y alemanas en la industria automovilística estadounidense, o la reestructuración a cargo de General Motors de la industria automovilística surcoreana hasta un punto del que los *chaebol* eran incapaces, apuntan a un grado más alto de integración.

En el contexto de esta integración la Reserva Federal comenzó a aparecer como lo que *The Economist* llamó «el auténtico banco central del mundo», dado que pasó a suministrar liquidez y a establecer los criterios fundamentales para decidir los cambios globales en los tipos de interés¹². Los orígenes de este proceso se remontan al incremento del peso de las finanzas internacionales durante la propia era de Bretton Woods, especialmente una vez que Wall Street dominó el nuevo mercado de los eurodó-

¹¹ Véanse Greg ALBO, «Contesting the New Capitalism», en David Coates (ed.), *Varieties of Capitalism, Varieties of Approaches*, Nueva York, 2005; y Stephen GILL, *Power and Resistance in the New World Order*, Nueva York, 2003.

¹² *The Economist*, 3 de febrero de 2005.

lares en Londres, lo que dio lugar al primer *big bang* de desregulación financiera en Nueva York a mediados de la década de 1970, seguido por la explosión de los mercados financieros domésticos e internacionales a partir del «shock de Volcker» que inauguró la era neoliberal¹³. La respuesta de Estados Unidos como Estado *capitalista* (que representaba las finanzas con el fin de fortalecer el capitalismo estadounidense) y como Estado *imperial* (que trataba de insertar las finanzas en el cumplimiento de las responsabilidades globales estadounidenses) provocó una dolorosa reestructuración del sector industrial en la economía estadounidense, que junto con los mercados financieros cada vez más desarrollados de Wall Street, atrajeron a Estados Unidos los ahorros del mundo. Al mismo tiempo, el creciente papel internacional de los bancos de inversión estadounidenses propició las fusiones de empresas en toda Europa y en gran parte de Asia e influyó aún más en su orientación industrial y financiera. En resumen, la «interpenetración mutua» entre Wall Street y el Estado fortaleció los recursos imperiales de Estados Unidos¹⁴.

El desarrollo del imperio estadounidense ha supuesto, así, la expansión a escala internacional de las tres dimensiones del Estado capitalista mencionadas anteriormente –económica, política, territorial– en el seno de una formación histórica específica. Al extenderse al dominio internacional la separación doméstica entre lo económico y lo político, cabe pensar en términos de un imperio «informal». A medida que muchos otros Estados adoptan formas liberal-democráticas, y que Estados Unidos comienza a supervisar el capitalismo global mediante esos Estados, surge un tipo único de dominio político imperial.

Sus cuatro rasgos principales se pueden resumir como sigue: en primer lugar, en vez de la anterior fragmentación del capitalismo internacional, el desarrollo de posguerra del imperio estadounidense representó un proyecto político gradualista orientado hacia la construcción de un mundo liberal inclusivo, sin fronteras para la acumulación. Se trata del primer imperio totalmente orientado hacia la construcción de un capitalismo global. La creación de nuevas instituciones internacionales en su momento no representó el surgimiento de un Estado protointernacional; esas instituciones estaban y siguen estando constituidas por Estados nacionales e insertas en el nuevo imperio estadounidense.

Washington, a la cabeza del imperio global, era, en segundo lugar, algo más que un mero agente de los intereses particulares del capital estadounidense; también asumió responsabilidades en la construcción y la gestión del capitalismo global. Su aptitud para hacerlo no dependía tampoco únicamente de los recursos que el Estado estadounidense había desarrollado

¹³ Paul Volcker, presidente del Banco de la Reserva Federal con Carter, elevó espectacularmente los tipos de interés, que llegaron a situarse en un tipo nominal del 20 por 100 en julio de 1981 [N. del T.].

¹⁴ Véase Leonard SEABROOKE, *US Power in International Finance*, Nueva York, 2001.

internamente. Las corporaciones multinacionales estadounidenses fortalecían los recursos del Estado, y el poder imperial estadounidense se difundía a través de ellas. Al mismo tiempo, la interpenetración internacional del capital socavaba la autonomía de las burguesías nacionales y las hacía hostiles a cualquier estrategia que pudiera desafiar seriamente al imperio informal estadounidense.

En tercer lugar, la forma de dominio imperial estadounidense debía estructurar las opciones de las elites de otros Estados, de forma que identificaran la reproducción de las condiciones para la acumulación global del capital y el «orden entre las naciones» como requisitos necesarios para su propia reproducción. Los vínculos institucionales y económicos más densos del nuevo imperialismo se establecieron entre los países capitalistas desarrollados (incluidos los antiguos países imperialistas que anteriormente mantenían lazos más estrechos con sus propias colonias). Estos países seguían beneficiándose de la reproducción de la dependencia del Tercer Mundo, pero su *status* en el seno del imperio informal estadounidense limitaba su autonomía para emprender otras prácticas imperiales por su cuenta.

Finalmente, la acomodación de otros Estados capitalistas al proyecto imperial estadounidense se vio mediatizada no sólo por la amenaza del comunismo durante la Guerra Fría, sino también por la forma casi keynesiana de gestión económica internacional adoptada en 1945, es decir, por los regímenes de Estado del bienestar de posguerra y por el proceso de descolonización en el Tercer Mundo. Todos estos modos de acomodación entraron en crisis en la década de 1970, pero no surgió ningún desafío esencial al imperio estadounidense por parte de otros países capitalistas avanzados, mientras los protagonizados por las fuerzas populares anticoloniales del Tercer Mundo eran derrotados, integrados o marginados. El giro neoliberal en Estados Unidos y su subsiguiente universalización supusieron la reestructuración y la apertura de los Estados del mundo, incluidos los ex comunistas, a la competencia económica, al flujo libre de capitales y a la profundización de las relaciones sociales capitalistas. Tanto los mercados financieros como las instituciones financieras internacionales desempeñaron un papel crucial en este proceso y en el fortalecimiento del poder imperial estadounidense.

¿Un coloso con pies de barro?

Desde cualquier perspectiva histórica, la idea de que el poder de tal imperio pudiera verse erosionado en el espacio de unas pocas décadas parece improbable, y siempre se han tenido por exageradas las afirmaciones de que el declive del poderío económico estadounidense socavaba su hegemonía. Pero ¿qué se puede decir hoy día? Para empezar por las bases materiales del imperio, vale la pena señalar unos pocos hechos:

- La tasa de crecimiento real de la economía estadounidense (PIB) durante los veinte «años de oro», de 1953 a 1973, fue del 3,8 por 100 anual,

mientras que en otros países capitalistas avanzados fue considerablemente más alta; durante las últimas dos décadas (1984-2004) la tasa de crecimiento estadounidense fue del 3,4 por 100 anual, no sólo más alta que en todos los periodos anteriores a la época dorada (1830-1870, 1870-1913 y 1913-1950), sino también más alta que la de los demás países del G-7 durante ese periodo¹⁵.

- El aumento de la productividad en la industria estadounidense durante el periodo 1950-1973 fue, en promedio, del 2,5 por 100 anual, muy por debajo de los demás países capitalistas avanzados; en el periodo 1981-2004 la media fue del 3,5 por 100 anual, se puso por delante de todas las demás economías del G-7. Cabe señalar que, en términos de atracción de inversiones, la tasa de aumento de la productividad en la industria estadounidense también se ha puesto por delante del aumento de las compensaciones a los trabajadores¹⁶.
- En 1981, Estados Unidos gastaba en I + D casi tanto como Japón, Alemania, Reino Unido, Italia y Canadá juntos; en 2000 gastó más que todos los demás países del G-7 juntos. La cuota estadounidense en la producción global de alta tecnología (aeroespacial, farmacéutica, ordenadores y maquinaria para oficinas, equipos de comunicaciones, instrumentos científicos) ha sido relativamente constante, ha supuesto un 32 por 100 de media entre 1980 y 2001, mientras que la de Alemania se redujo a la mitad (al 5 por 100) y la de Japón disminuyó aproximadamente en un tercio (al 13 por 100)¹⁷.
- El volumen de las exportaciones estadounidenses ha venido creciendo desde la década de 1980 más rápidamente que el de cualquier otro del país del G-7: en el periodo 1987-2004 el volumen promedio de exportaciones anuales de los demás países del G-7 creció entre el 4,5 y el 5,8

¹⁵ Para las comparaciones históricas, véase Angus MADDISON, *The World Economy: A Millennial Perspective*, París, 2001. Tasas de crecimiento: Bureau of Economic Analysis (BEA), National Income and Product Accounts Tables (NIPA, 1950-1973; 1984-2004). Una evaluación muy distinta del crecimiento estadounidense, basada en una periodización diferente, es la que ofrece Robert Brenner, «The Capitalist Economy, 1945-2000: A Reply to Konings and Panitch and Gindin», en D. Coates, *Varieties of Capitalism, Varieties of Approaches*, cit., pp. 215-216. Al tomar como periodo de comparación 1973-1996 en lugar de 1984-2004, Brenner incluye la década de crisis de 1970 (mientras que lo que analizamos nosotros es el crecimiento económico tras el viraje al neoliberalismo) y deja fuera las tasas de crecimiento relativamente altas registradas a finales de la década de 1990 y tras la recesión de 2001.

¹⁶ Datos de productividad del Bureau of Labor Statistics; la productividad se mide como producción por hora. La producción real por empleado a tiempo completo se multiplicó por más de dos en la industria en el periodo 1977-2001, pero cayó casi un 13 por 100 en los servicios; dado que las horas de trabajo adicionales en el sector servicios disminuyen la media, la productividad general en la economía estadounidense ha descendido ligeramente.

¹⁷ Charles KELLEY *et al.*, «High Technology Manufacturing and US Competitiveness», Rand Corporation, marzo de 2004; National Science Board, *Science and Engineering Indicators*, 2004, Figura 65. En Corea del Sur y China creció desde alrededor del 1 por 100 hasta el 7 y casi el 9 por 100 respectivamente.

por 100, mientras que el promedio estadounidense se situaba en torno al 6,8 por 100¹⁸. Las ventas de las corporaciones estadounidenses en el exterior (no incluidas en la balanza comercial) fueron de 3 billones de dólares en 2002, más del doble del total de las exportaciones efectuadas desde Estados Unidos¹⁹. La proporción de los beneficios empresariales después de impuestos obtenidos por las corporaciones estadounidenses en sus operaciones domésticas e internacionales, con respecto al PIB estadounidense, se sitúa actualmente al nivel más alto desde 1945²⁰.

Esos hechos plantean, como mínimo, algunos problemas a quienes hablan de un declive económico estadounidense. Pero hay que hacer una observación más fundamental con respecto a la interpretación de los datos. Las categorías económicas también dependen del contexto: hay que introducir las asimetrías del imperio en la interpretación y evaluación de los tipos de cambio, cuentas comerciales, déficit presupuestario, flujos de capital, deuda internacional... Cualquier evaluación de tales criterios en relación con la cuestión del poderío estadounidense tiene que tener presente que lo que parece un síntoma de crisis en las economías «normales» no tiene que serlo necesariamente para el centro imperial. El déficit comercial estadounidense, del 6 por 100 del PNB, es más alto que nunca. ¿Pero qué nos dice esto, más allá de que necesitará finalmente algún ajuste? El propio hecho de que ese déficit comercial se haya mantenido prácticamente durante todo el último cuarto de siglo sugiere que actualmente tiene un significado diferente para Estados Unidos que para otras economías. En el caso estadounidense, el déficit proviene del enorme volumen de las importaciones estadounidenses, que ha beneficiado globalmente al capitalismo, más que de una pérdida de competitividad. Los productos del trabajo barato importados sirven para suministrar a las empresas *inputs* de bajo coste y para reducir el coste de reproducción de los trabajadores estadounidenses, lo que intensifica la presión competitiva sobre los salarios.

Privilegios de la metrópoli

Lo que está en cuestión aquí es hasta qué punto se puede mantener el déficit por cuenta corriente estadounidense sin un aumento desmedido de los tipos de interés o sin debilitar el dólar. Hasta ahora, los inversores extranjeros y los bancos centrales se han mostrado dispuestos a proporcionar la financiación necesaria con tipos de interés relativamente bajos. No se trata de lo que Arrighi denomina «chantaje de protección», sino de au-

¹⁸ OCDE, *Economic Outlook 76*, Statistical Annex, Table 38. Las exportaciones estadounidenses cayeron en términos de volumen entre 2001 y 2003, pero se han recuperado rápidamente desde entonces.

¹⁹ BEA, *Survey of Current Business*, enero de 2005, p. 79.

²⁰ BEA, Tabla NIPA 1.12, febrero de 2005. Una proporción creciente corresponde a las finanzas, cuestión de la que nos ocuparemos más adelante.

to interés estructurado²¹. Los inversores privados siguen acudiendo a la economía estadounidense porque ésta sigue siendo relativamente dinámica, proporciona beneficios razonablemente elevados y un alto grado de seguridad. Los bancos centrales extranjeros se han mostrado dispuestos a suscribir bonos del Tesoro estadounidense porque les interesa evitar que el dólar caiga demasiado o demasiado rápidamente, lo que refleja la dependencia de sus economías con respecto a las exportaciones a Estados Unidos y la profunda integración estructural que la inversión exterior estadounidense ha generado en muchos lugares.

Aunque el déficit presupuestario estadounidense sea aparentemente un asunto nacional, tiene necesariamente derivaciones internacionales e imperiales. La respuesta de los mercados financieros a la falta de preocupación de la Administración de Bush por la disciplina presupuestaria ha sido relativamente sumisa, al menos hasta hace muy poco. Esto concuerda en parte con la reacción frente al déficit comercial estadounidense: refleja la dependencia estructural de la economía global con respecto al estímulo proporcionado por la economía estadounidense y la confianza de los inversores privados a escala global, especialmente bajo una administración republicana benévola hacia los contribuyentes. Además, la «disciplina presupuestaria» que más importa a los mercados financieros es la relacionada con la reducción de los programas sociales, y en el caso estadounidense la respuesta del gobierno ha sido satisfactoria. En la medida en que el aumento del déficit presupuestario es, por lo tanto, consecuencia de los costes de la guerra (presentada como una necesidad imperial) y de la espectacular reducción de los impuestos a los más ricos (lo que refleja el gran desequilibrio de las fuerzas de clase), los mercados financieros se han mostrado dispuestos a tolerarlo. El resultado neto del acceso de Estados Unidos a los ahorros globales pagados con bajos tipos de interés es que los costes del imperio han sido compartidos, sobre todo por Japón y China.

Lo mismo se puede decir en cuanto al flujo de las inversiones directas. Para las economías «normales» la salida de capital puede implicar una pérdida de la base doméstica, mientras que el aflujo de capitales extranjeros puede suponer una amenaza para la soberanía local. En cuanto a Estados Unidos, con sus grandes importaciones de capital y de artículos manufacturados de los países del Tercer Mundo, aparece hoy día como la economía menos imperial y más dependiente del mundo; pero los flujos económicos no tienen significado fuera del contexto más amplio del imperio. Por ejemplo, *tanto* las inversiones estadounidenses en Canadá *como* las inversiones canadienses en Estados Unidos son expresiones del imperialismo estadounidense, que reflejan, por un lado, la penetración estadounidense en las relaciones sociales canadienses, y, por otro, la decisión de los empresarios canadienses de integrarse en el núcleo del imperio, a fin de tener acceso a los mercados estadounidenses y de obtener seguridad fren-

²¹ G. Arrighi, «Comprender la Hegemonía – 2», cit., pp. 47-52.

te a eventuales medidas proteccionistas. Lo mismo se puede decir cada vez más, no sólo de las inversiones mexicanas en Estados Unidos, sino también de las británicas, alemanas y japonesas.

El tipo de impacto que la inversión de capital estadounidense ha tenido sobre otras formaciones sociales, donde se ha convertido, en general, en una influyente fuerza configuradora, no es equiparable al de las inversiones directas extranjeras en Estados Unidos. En relación con el tamaño de la economía estadounidense, la inversión directa extranjera desde cualquier otro país es relativamente pequeña, y, lo que es más importante, tiene lugar en el marco del orden imperial establecido. Las inversiones estadounidenses en otras economías no sólo han sido grandes con respecto al tamaño de éstas, sino que coincidían y eran en parte constitutivas de la creación del nuevo orden imperial, primero en el hemisferio occidental y luego, tras la Segunda Guerra Mundial, en Europa y más tarde en Asia oriental. Para Washington, la expansión incesante de la inversión estadounidense en el extranjero era una extensión del imperio, algo que no es cierto para las inversiones japonesas o alemanas en Estados Unidos, y mucho menos para las británicas, canadienses o mexicanas efectuadas en la actualidad. De hecho, en la medida en que este capital extranjero se integra en la formación social estadounidense, trata de apuntalar y no de poner dificultades al Estado imperial estadounidense.

Las corporaciones multinacionales estadounidenses emplean actualmente a casi diez millones de trabajadores en el exterior²². Este flujo de capital hacia el exterior se ve apoyado por el aflujo de créditos a corto plazo, como las obligaciones de empresas, así como por inversiones directas extranjeras directas. El valor de estas últimas se duplicó entre 1980 y 1988, de nuevo entre 1988 y 1997, y otra vez entre 1997 y 2004²³. El contraste con el imperio británico llama la atención. Entre 1870 y 1914 Gran Bretaña exportó alrededor del 4 por 100 de su PIB al resto del mundo, privó a su propia economía de inversiones productivas y lo pagó en último término con el declive relativo de su participación en la producción global²⁴. Estados Unidos, en cambio, ha recibido grandes flujos y los ha canalizado no sólo hacia el consumo, sino también hacia la inversión doméstica, incluido el desarrollo y la difusión de nuevas tecnologías. Una vez más, esta capacidad para captar y emplear un volumen tan notable de los ahorros del mundo, parte de los cuales se reciclan también como inversiones estadounidenses en el extranjero, refleja la fuerza estructural del imperio, no su debilidad.

Por encima de todo esto está el dólar. Si hubiera habido un asalto contra la moneda estadounidense en los últimos años, eso podría haber indicado el agotamiento de las asimetrías privilegiadas del imperio estadouni-

²² BEA, *Survey of Current Business*, julio de 2004, p. 23.

²³ BEA, US International Transactions Accounts, 15 de marzo de 2005.

²⁴ A. G. Kenwood y A. L. Loughheed, *The Growth of the International Economy 1820-2000*, Londres, 1999, p. 28.

dense; pero el hecho de que haya tenido lugar una devaluación sustancial del dólar (especialmente frente al euro), sin perturbar los mercados financieros, apunta a algo muy diferente. Aunque puede proseguir cierta diversificación de las reservas de los bancos centrales y, por ende, cierto abandono del dólar, sigue siendo muy improbable cualquier cambio dramático hacia una moneda global alternativa, porque ninguna otra moneda, ni siquiera el euro, tiene la voluntad ni la capacidad de desempeñar ese papel. Lo último que desearía actualmente el Banco Central Europeo –tanto por razones inmediatas como en términos de responsabilidades a largo plazo– es que el euro subiera aún más con respecto al dólar. Además, todos los bancos centrales desean evitar la inestabilidad financiera global que se podría producir en caso de un abandono del dólar, dado el papel del billete verde no sólo como moneda de reserva global, sino también como el principal depósito de valor para los activos financieros y principal vehículo para el comercio internacional, en el que se suelen facturar los bienes y los servicios y se intercambian las demás monedas.

Financiación benigna

Imaginar que los cambios en los valores de las monedas determinan o son siquiera una medida adecuada del ascenso y de la caída de los imperios no es más que una ilusión monetaria. Tras tales ideas se esconde, sin embargo, la afirmación más sustantiva de que la financiación de la economía, que hemos identificado como parte integral de la fuerza del imperio estadounidense, constituye de hecho un síntoma de su declive. Para la mayoría de los marxistas, el argumento teórico suele ir habitualmente de afirmar una crisis de sobreacumulación en la economía productiva a diagnosticar un desplazamiento de los beneficios y ahorros a activos financieros improductivos. Estamos de acuerdo en que la sobreacumulación es un rasgo intrínseco del capitalismo. Es el mecanismo mediante el cual las unidades de capital compiten por ampliar su cuota de mercado: aun con un exacto conocimiento de los planes de los demás, las empresas producirán conjuntamente más de lo que pueden vender, y tienen que hacerlo para que alguna de ellas consiga captar una parte mayor de ese mercado. Al devaluarse parte del capital la sobreacumulación se alivia, pero el problema se repetirá una y otra vez. Ahora bien, esto no equivale de por sí a una crisis estructural como lo fue la interrupción prolongada y autorreforzada de la acumulación que se produjo a principios de la década de 1930. Y aunque esto sucedió también en menor medida en la de 1970, la crisis de esta década condujo a la aceleración de la globalización capitalista más que a su bloqueo como en la década de 1930.

Esto tuvo mucho que ver, como hemos argumentado, con el papel de Washington en la introducción del neoliberalismo y con el papel de las finanzas en ese régimen²⁵. Desde la década de 1970, el capital financiero

²⁵ Véase Leo Panitch & Sam Gindin, «Finance and American Empire», cit., esp. pp. 60-66.

ha intensificado las presiones cotidianas en favor del cierre de negocios no rentables, y la explosión de fusiones y adquisiciones ha ampliado la capacidad del capital para escapar de la crisis. Esto ha provocado la pérdida de puestos de trabajo y la ruina de comunidades enteras; pero en parte gracias al papel que las finanzas desempeñaron al proporcionar créditos para mantener el consumo, no se produjo una interrupción tan seria de la acumulación como para llamarla crisis estructural.

Algunos ven la propia fuerza de las finanzas en Estados Unidos como fuente de nuevos problemas: con su aspiración a quedarse con gran parte del excedente, queda menos para la reinversión²⁶. Pero aun suponiendo que el excedente sólo se crea en una esfera productiva rígidamente definida, sería un error ignorar el papel dinámico suplementario que han desempeñado los mercados financieros. El excedente total puede aumentar si las finanzas obligan a las empresas a reorganizar la producción, privan de capital a las empresas menos rentables, ayudan a difundir nuevas tecnologías de unos a otros sectores y generan liquidez que se pueda arriesgar en nuevos negocios. No se trata únicamente de «ampliaciones» del proceso de creación de excedente; representan algunos de los aspectos más dinámicos del reciente crecimiento de la economía estadounidense tanto en los propios Estados Unidos como en el extranjero. Así, aunque aumente la proporción reclamada por el capital financiero, la cantidad neta que queda para la reinversión puede también aumentar. Además, como respuesta a las oportunidades y presiones competitivas en el sector productivo, las instituciones financieras han asumido tareas que tienden a difuminar (sin borrarla) la frontera entre producción y finanzas. Esto incluye funciones como gestión de las nóminas, auditoría y planificación que antes estaban incluidas en el sector «productivo» y que han acabado externalizándose; por otra parte, muchas empresas del sector productivo se han implicado significativamente en actividades financieras.

A esto habría que añadir el papel crucial desempeñado por las instituciones financieras en la gestión de riesgos, un requisito decisivo para la prolongada expansión de la acumulación global. Aunque el papel de las finanzas se ha criticado a menudo como especulativo y, por lo tanto, despilfarrador (que lo es en gran medida), se olvida así la distinción entre lo que sería o no útil fuera del capitalismo y lo que es esencial en su seno; la revolución de los derivados en los mercados financieros muestra que lo que es especulativo no es necesariamente despilfarrador, en la medida en que contribuya a aminorar los riesgos. Del mismo modo que el transporte añade costes a la producción pero es una condición necesaria de la acumulación global, los mercados financieros aportan nuevos riesgos y costes pero son fundamentales para la reproducción ampliada del capital.

²⁶ Véanse G. Arrighi, «Comprender la Hegemonía», cit., y D. Harvey, *El nuevo imperialismo*, cit.; y también, desde otro punto de vista, Gérard DUMÉNIL y Dominique LÉVY, «The Economics of US Imperialism at the Turn of the 21st Century», *Review of International Political Economy*, vol. 11, núm. 4, 2004.

Otro condicionante de la acumulación global ha sido el papel central desempeñado por la Reserva Federal en la generación de liquidez global. Al proporcionar liquidez, desde principios de la década de 1990, ante cada convulsión financiera o asomo de recesión registrada en Estados Unidos, no sólo ha sostenido la demanda estadounidense, sino que ha mantenido un nivel alto de liquidez en todo el mundo; ello ha contribuido a su vez a introducir en la producción grandes reservas de trabajadores asiáticos, precisamente para la exportación al mercado estadounidense, sostenido por la política de la Reserva Federal. Evidentemente, la capacidad de la Reserva Federal para seguir haciendo esto por su cuenta se ha visto cada vez más limitada desde el inicio del nuevo milenio; pero aun así sigue gozando de un grado notable de cooperación por parte de otros bancos centrales y de otros Ministerios de Economía, sobre todo de los japoneses, que aportaron 35 billones de yenes de liquidez al sistema mundial en 2003 y 2004 al comprar bonos del Tesoro estadounidense. No está claro hasta qué punto se trataba de una política monetaria coordinada, pero, como ha preguntado recientemente Richard Duncan:

¿Fue tan sólo una coincidencia que la intervención a gran escala del Banco de Japón / Ministerio de Economía comenzara en mayo de 2003, mientras el gobernador [de la Reserva Federal] Bernanke visitaba Japón? ¿Estaba comportándose el Banco de Japón simplemente como un departamento de la Reserva Federal, como el Banco de la Reserva Federal de Tokio, por decirlo así? [...] Si se trató de una medida coordinada globalmente de política monetaria (heterodoxa o no), funcionó maravillosamente. Las reducciones de impuestos decididas por Bush y la creación de dinero por el Banco de Japón que ayudó a financiarlas con tipos de interés muy bajos fueron los dos elementos más importantes que impulsaron la fuerte expansión global registrada durante 2003 y 2004. Combinados, produjeron una reacción global muy poderosa [...] Cualquiera que fuera su motivación, Japón fue generosamente recompensado por crear dinero y comprar con él bonos del Tesoro. Aunque el Banco de Japón no consiguió reflotar directamente la economía japonesa expandiendo la oferta monetaria doméstica, sí parece haberlo logrado indirectamente al ampliar la oferta monetaria global [...] Si algunos bancos centrales no hubieran intervenido financiando la huida del dólar del capital privado, es muy probable que una brusca subida de los tipos de interés hubiera precipitado al mundo en una severa recesión. Es muy posible que esta consideración también influyera sobre las decisiones de las autoridades monetarias japonesas durante este episodio²⁷.

Aquí vemos claramente cómo opera la *internacionalización del Estado* en el marco del imperio estadounidense. Permite la cooperación implícita –cuando no explícita– necesaria para que Estados Unidos siga actuando como importador en última instancia y «macroestabilizador» global; y facilita que las cargas financieras del imperio sean compartidas internacionalmente. El capital financiero y las instituciones políticas que lo pro-

²⁷ Richard DUNCAN, «How Japan financed global reflation», *FinanceAsia*, 10 de marzo de 2005.

tegen y gestionan contribuyen por consiguiente a aumentar el excedente global y la subsiguiente distribución de ese excedente de una forma que sostiene la gestión y la reproducción del imperio. Esto es lo que hace poco convincente la argumentación de que Estados Unidos está descargando sobre otros su crisis con sus reclamaciones privilegiadas sobre los ahorros globales. De hecho, Estados Unidos ha actuado como un estímulo al crecimiento en otros lugares mediante su déficit comercial y sus importaciones masivas. Y si el crecimiento alemán, por ejemplo, se ha rezagado, no es por falta de liquidez global; ello anuncia, por el contrario, una intensificación de la presión sobre la clase obrera alemana a fin de retener la inversión doméstica y de atraer la extranjera. Por consiguiente, lo que se está «exportando» no es tanto una supuesta crisis estadounidense, sino la debilidad de la clase obrera estadounidense.

Contradicciones de la hegemonía estadounidense

Hay buenas razones, entonces, para dudar de la afirmación de Arrighi de que durante las últimas décadas hemos asistido a «una pérdida relativa y absoluta de la capacidad estadounidense de mantener su centralidad en la economía política global». De forma parecida, un análisis de los recursos del Estado estadounidense en los terrenos de la coerción y de la cultura, y del papel que éstos han desempeñado en la exitosa reconstitución del imperio estadounidense en la era neoliberal, nos llevaría a matizar mucho la opinión de que la aventura neoconservadora de la Administración de Bush en Iraq pueda precipitar la «crisis terminal» de la hegemonía estadounidense, o que sus dificultades en Vietnam a finales de la década de 1960 desencadenaran su «crisis-señal»²⁸.

La hegemonía es una cualidad variable de dominio; desplazamientos coyunturales en el equilibrio entre consentimiento y coerción en el despliegue de poder estructural no deberían tomarse equivocadamente por históricos. Desde el hundimiento de la URSS, Washington ha afrontado menos restricciones en la utilización de medios coercitivos para intervenir contra Estados recalcitrantes contra los que no bastan las presiones económicas. Durante la década de 1990, una medida de la hegemonía imperial estadounidense –al menos en relación con las elites intelectuales y políticas de los países capitalistas avanzados– fue la crítica que le hicieron los grupos de derechos humanos por no intervenir *más*; su papel imperial se reforzó cuando todos los gobiernos de la OTAN aprobaron la guerra en Yugoslavia. La retórica aislacionista de Bush en la campaña electoral de 2000 reflejaba actitudes republicanas tradicionales, pero el aislacionismo se transformó rápidamente en unilateralismo una vez que Al Qaeda y los neoconservadores le instruyeron en el hecho central de la vida de la Casa Blanca: la presidencia estadounidense no puede ser otra cosa que imperial.

²⁸ G. Arrighi, «Comprender la Hegemonía – 1», cit., pp. 52, 68.

Hemos argumentado que la propia estructura del orden imperial estadounidense implica dominar con y a través de otros Estados, relativamente autónomos con respecto al centro imperial. Es demasiado pronto para decir si las fuerzas de elite irritadas durante mucho tiempo por las restricciones que esto impone a Washington han obtenido allí una primacía permanente, pero es improbable. El intento de la Administración de Bush de cerrar grietas en su segundo mandato y reconocer explícitamente la autonomía relativa de los Estados capitalistas avanzados más vinculados a Estados Unidos, sugiere un reconocimiento de la realidad del dominio imperial. El propio Arrighi nos recuerda las preocupadas palabras de un funcionario francés al incrementarse la resistencia en Iraq:

Cuando Estados Unidos se encuentra empantanado en el exterior, se crea un gran problema para el resto del mundo. Si Estados Unidos pretendiera retirarse ahora de Iraq [...], el foco de la preocupación internacional se desplazaría rápidamente de los peligros de dominio global estadounidense a los peligros de un mundo privado del compromiso internacional estadounidense. [...] Estados Unidos se encuentra metido en un embrollo, pero nosotros también²⁹.

Pero si bien es una pura exageración pensar que la hegemonía estadounidense se halla en una «crisis terminal», eso no significa que no existan límites para el poderío estadounidense. Por el contrario, la necesidad de remodelar los Estados del mundo como instrumentos mínimamente adecuados para la administración del orden global podría convertirse en un reto tan difícil como el que tuvieron que afrontar los imperios formales con sus aparatos coloniales. Pero esas contradicciones tienen que contrastarse con la capacidad del Estado imperial para afrontarlas, frente a los recursos de las fuerzas opuestas para desarrollarlas y convertirlas en nuevas oportunidades políticas. Dada la prolongada cooperación entre los Estados capitalistas en la gestión de las crisis, el sistema puede tambalearse ocasionalmente, pero se mantendrá en pie.

Sin embargo, la propia complejidad de la tarea de gestionar el capitalismo global significa que el imperio estadounidense no podrá evitar crisis localizadas recurrentes. Tal hazaña, después de todo, debe llevarse a cabo en medio de la volatilidad financiera que acompaña al orden neoliberal y mediante una multitud de Estados. El equilibrio de fuerzas sociales en cada país añade nuevas complicaciones, como lo hace la competencia entre los Estados por convertir a sus respectivos países en nuevos centros de acumulación de capital, por más que esa competencia se parezca muy poco a la vieja rivalidad interimperialista. China cuenta indudablemente con el potencial para emerger como un rival de envergadura al imperio estadounidense, pero la materialización de ese potencial queda todavía muy lejos. La acumulación de reservas financieras en Asia no indica de por sí un desplazamiento del centro del poder global; almacenar recursos

²⁹ Dominique MOISI, *Financial Times*, 12 de noviembre de 2003, citado en G. Ar., cit., p. 53.

ARTÍCULOS

es algo muy diferente a contar con el poder estructural para determinar cómo se utilizarán.

Frente a esas realidades, conviene resistirse a la tentación de animar a la gente proclamando el inminente declive de la hegemonía estadounidense. ¿Necesitamos realmente que las cosas empeoren para condenar el sistema actual? El mundo, tal como ya es, exige un cambio; la cuestión es si se pueden crear instituciones políticas alternativas que cuenten con la confianza popular suficiente para provocar un cambio en el equilibrio de fuerzas. Las contradicciones más significativas en la actualidad son las que se refieren a la legitimidad del neoliberalismo, en el contexto del imperio estadounidense. Este último surgió de una crisis concreta en el desarrollo capitalista mundial en la primera mitad del siglo xx: los propios Estados que más habían contribuido al establecimiento del Estado de derecho y al predominio de la ley del valor en su propio territorio frustraron su extensión a escala internacional. Pero su expansión global hoy día, bajo la égida del imperio estadounidense y mediante la internacionalización de los Estados del mundo, crea una nueva contradicción: la disciplina internacional que impone la ley del valor, intensificada bajo el neoliberalismo, socava el espacio doméstico que los Estados precisan para gozar de legitimidad.

En el caso de muchos países del Tercer Mundo, las contradicciones se ahondan: la integración internacional bloquea el desarrollo de la coherencia nacional que ha sido siempre una condición decisiva para el surgimiento del Estado de derecho y para el funcionamiento doméstico de la ley del valor. Esta frustración del desarrollo nacional por la opresión de la ley del valor a escala internacional socava la legitimidad no sólo de los regímenes del Sur, sino también de las instituciones financieras internacionales y en último término del propio imperio estadounidense, cuya ejecutoria imperial se ve cada vez más al descubierto. Se generan también problemas de legitimación en los países capitalistas avanzados, en la medida en que la reestructuración neoliberal no alcanza a movilizar un apoyo electoral convincente. Pero la compleja tarea política de ampliar tales grietas en la coraza imperial para abrir nuevas opciones estratégicas no encuentra mucha ayuda en prematuras declaraciones sobre el supuesto declive de la hegemonía estadounidense.